

En tres minutos se nos va la vida. Tres minutos en los que tiempo desaparece, el mundo se colapsa, y dos se hacen uno. Y Federico por fin conocía el sabor de Eugenia, sus rincones, sus humores, sus temblores. Eran un monstruo que gruñe y se sacude, un dios que crea el universo sólo para destejerlo tres minutos después. Son 180 segundos, gracias a la magia del tiempo. Entonces son 180 pulsaciones, 180 latidos de dos corazones que se hicieron -- también-- uno solo. Y en esos tres minutos cabe una historia completa, su historia, sus encuentros y desencuentros, sus idas, sus regresos, sus silencios, sus amorosos alaridos. Ellos eran tres minutos en el calendario de sus vidas, tres minutos en los que él repetía su nombre sólo para darle certidumbre a un planeta que giraba sin parar. Tres minutos no son nada y fueron todo para ellos. Tres minutos para amarse a contrarreloj, a contracorriente, a contratiempo. Tres minutos y llegaron más lejos de lo que imaginaron. Tres minutos nada más. Tres minutos y el reloj sigue corriendo. Les sobraban caricias y les faltaba tiempo.

Comentario [JEB1]: Revisar la construcción de la frase: eran un monstruo que gruñía y se sacudía, un dios que creaba...

--Eugenia, Eugenia, si te doy un beso quiero otro, si tienes un orgasmo me debes dos más, si me acaricias no quiero que me sueltes, si me hablas no quiero que te detengas --repetía Federico.

Eugenia no hablaba, sólo se entregaba. Con ella no puede haber titubeos, no hay espacio para las medianías. Hay que entregarse completo o darse por vencido. Todo era cuestión de vivir esos tres minutos con los poros abiertos, el cerebro encendido y el alma a punto. La mordía. Lo sacudía. La acariciaba. Lo sometía. La tendía. Lo montaba. La recorría con la lengua. Lo mimaba en la oscuridad. La hacía poner los ojos en blanco. Lo hacía gritar. Fumaron juntos un solo cigarro.

Comentario [JEB2]: ¿Entregarse por completo?

--Dime, por lo menos, que algún día nos volveremos a ver --le suplicó Federico.
--Te voy a dar algo mejor que una esperanza.
--¿Qué me vas a dar? --respondió anhelante.
--Te voy a dar una certeza: No.

COMENTARIO:

El breve cuento de Nicole Salocin demuestra un buen manejo del ritmo, pues al referirse a la urgencia de esos tres minutos, sus propias frases parecen desbocarse, en la enumeración ("la mordía. Lo sacudía. La acariciaba. Lo sometía...") y también en esas imágenes que aparecen como fogonazos que transmiten la misma urgencia de Federico por volver a ver a Eugenia. Sólo unos mínimos errores en la construcción de algunas frases parece desdibujar el buen manejo de esta narración tan breve como intensa. La conversación final de los personajes también resulta muy efectiva, y la frase final y lapidaria de Eugenia corta abruptamente la historia y el propio frenesí en la relación de ambos. Por ello mismo, más allá de lo meramente anecdótico, para que el cuento quede redondo parece faltar algo, un mecanismo recóndito que de alguna manera anticipe un motivo, una razón para la tajante e inesperada respuesta de la chica ante la súplica de Federico. Casi siempre se trata de permitir vislumbrar algo del pasado de ellos. ¿Cómo es su relación? ¿Qué ha pasado entre ellos antes? Recuerden el principio del iceberg del que hablaba Hemingway: un cuento es como un iceberg, pues apenas muestra un porción pequeña de su magnitud real. En este texto falta esa magnitud real. De todas maneras, un buen cuento. Esperamos opiniones.